

Nunca jamás como en este momento los pueblos han tenido sed de autoridad, de dirección, de orden. Si cada siglo ha tenido su doctrina, por mil indicios aparece que el fascismo es la del siglo actual. Que el fascismo es una doctrina de vida lo demuestra el hecho que ha despertado una fe; que la fe ha conquistado las almas lo comprueba el hecho de que el fascismo ha tenido sus caídos y sus mártires.

El fascismo tiene ya en el mundo la universalidad de toda doctrina que realizándose representa un momento en la historia del espíritu humano.— B E N I T O M U S S O L I N I.

SALUTACION A ALFONSO REYES ⁽¹⁾

DENTRO de lo que pudiéramos llamar la naciente cultura latinoamericana, Alfonso Reyes es nuestro Baltazar de Castiglione, es decir el hombre que nos ha enseñado el arte de la meditación y de la más serena y discreta cortesía. Viene de un país bravo donde la tierra con la zahareña verticalidad de sus cactus se yergue para el combate, pero Reyes pertenece a esa escasa minoría de espíritus que sobre la turbia y revuelta edad del instinto quieren crear ya en la América nuestra, una edad de inteligencia. Se revolvió el suelo mexicano, marcharon las masas rurales hacia las ciudades, Villa se alzó en Sonora, Emiliano Zapata en Yucatán; pasaban los charros en desenfundada cabalgata disparando sus balas y desenvainando sus machetes en tributo a esos dioses terribles que presidían las cosmogonías aztecas, y durante diez años desde las secas praderas del Norte hasta el cenagoso Yucatán, todo México fué altar de sacrificios. Nuestra gente latinoamericana, esta raza que quiere ser, que según el lema magnífico de José Vasconcelos quiere hablar la palabra del espíritu, libraba al sur del río Bravo una verdadera pelea de independencia. El orden porfirista, el orden de la Dictadura en que México vivió durante treinta años se derrumbaba de pronto como un edificio fantasmal. Era un orden de privilegiados y grandes duques, un orden que nos llegaba hasta el alma confusa, entristecida, de un pueblo sediento de símbolos. Y ahora un espectáculo maravilloso en medio del dolor, del desaliento, de la traición inevitables en todo gran drama histórico; el pueblo que despertaba, que quería incorporarse a la nacionalidad, que ape-

(1) Palabras leídas en la Biblioteca Nacional.

tecía la vida con aquella decisión ciega, irresistible y divina como el fatum de la tragedia antigua, que lanzó a los caminos y a la guerra a Demetrio Macías, el oscuro ranchero de «Los de Abajo».

Mientras la multitud peleaba y eran los volcanes de Anáhuac las piras llameantes del holocausto, algunos hombres jóvenes repartidos en el ostracismo estaban meditando. Como en un relato de Alfonso Reyes habían abandonado la Etica de Spinosa por la verdad más urgente y desgarrada que de pronto les ofrecía su pueblo. «Nos pegan jefecito; nos roban; nos quieren matar de hambre, jefecito. No tenemos ni donde enterrar a nuestros muertos» es la adolorida queja del indio Juan Peña, en aquella narración de Alfonso Reyes. Y agrega el escritor: «Con una agilidad de danzante, como si representara de memoria un papel, Juan Peña se arrodilló ante nosotros, se puso a llorar, a besuquearnos las manos, a contarnos mil abusos e infamias del mal hombre que había en el pueblo y a pedirnos protección a los blancos, como si fuéramos los verdaderos hijos del Sol».

Por fin hubo paz en la tierra de Anáhuac y los terribles sacerdotes de la guerra no subieron de nuevo con su cuchillo de obsidiana a la escalonada pirámide de los sacrificios. «Tierra y Libertad» había sido el grito del indio Emiliano Zapata. La Revolución que triunfaba imponía a México un singular destino de atalaya de nuestra raza. Las maestras rurales llegaban ahora a los ranchos a compartir la humilde tortilla del indio. En el plan educacional de Vasconcelos desembocaban en la corriente caudalosa de una gran historia común todos nuestros héroes nacionales: Bolívar y San Martín, O'Higgins y el Cura Hidalgo, Sarmiento y Martí eran los artífices de la gran patria latinoamericana que debíamos formar. Y precisaba extraer de la conciencia dormida de veinte naciones, esta nueva voluntad histórica, la de la América que habla Español y quiere decir al Mundo su mensaje de creación generosa. Esa raza cósmica que en el sueño vehemente de Vasconcelos es como la polifonía de mil voces: el ancho porvenir de una raza que se levanta para crear su Historia.

Distinto de Vasconcelos en cuanto el clásico es diferente del romántico, el hombre sereno del hombre patético, este grande hombre pequeñito que tenemos hoy de visita entre nosotros, es también uno de los adelantados de la América nueva. En la bella música de su prosa se convierten en cultura, en formas de arte, en temas de meditación las cosas de América. Visitamos con él en uno de los más admirables relatos que se hayan escrito en castellano del siglo XX, en su «Visión de Anáhuac» la gran Tenochitlán legendaria donde llegó Cortés, o bien escribe una

interpretación histórica, un primoroso hallazgo de filólogo, un ensayo político o humaniza en una notícula fresca llena de comprensión y hasta de ironía, la investigación despiadada de los eruditos.

Un poeta y un humanista. Por nuestra América volcánica e informe aun, donde el odio y la incompreensión proliferan como las lianas de un paisaje virgen, el pasea su mensaje de buen sembrador: lleva consigo esa Atenea política de los ojos claros que evocara recientemente en una admirable lección a los estudiantes de Río Janeiro. En esta América instintiva que según la palabra de Keyserling vive la agitación oscura del tercer día bíblico, su lección y sus viajes nos recuerdan esos viajes y esas lecciones de Erasmo a través de la convulsionada Europa del siglo XVI. Ojalá que como la Europa de entonces nuestra América esté en la aurora de un renacimiento; y lo que ahora se agita hecho tumulto y pasión, en el subconsciente colectivo ascienda por la palabra y la enseñanza de estos hombres, al plano de la cultura y de la conciencia histórica.

Erasmo, Baltazar de Castiglione, son viejos nombres que se asocian a este humanista de hoy que escribe y piensa en la más limpia prosa española. Del uno tiene el culto de la inteligencia, el análisis, la tolerancia, la comprensión y el diálogo sutil; del gracioso italiano aquel esmero de la forma, aquel don de cortesía sin los cuales serían intolerables e inhumanas las más altas inteligencias. Es esta sal de la cortesía, este «Espíritu de fineza» según la palabra pascaliana lo que hace llegar a la sociedad de los hombres y convierte en política, en acción, en el acorde misterioso de la cultura, los pensamientos del solitario.

Inteligencia, cortesía: en estas tierras nuestras dichos dones parecen por lo escaso, las más altas virtudes cardinales. Ahora aprenderemos el secreto para ascender hasta ellas en las palabras de Alfonso Reyes.—M A R I A N O P I C Ó N S A L A S.

LA ACTUAL LITERATURA RUSA.—DEL FUTURISMO AL NEO-REALISMO

II

SI examinamos de nuevo las colecciones de obras de los escritores rusos de los primeros años de revolución, junto con las de los escritores que siguen a la *NEP* (Nueva política económi-